



Rafael de la Fuente,
profesor invitado de la
Universidad de Cornell.

Hoteles en la memoria: Hôtel de Paris, Monte-Carlo

Nunca olvidaré mi primera visita al Hôtel de Paris, en Mónaco. Bueno, en Monte-Carlo, el barrio elegante del Principado, con el que el hotel siempre ha querido ser identificado. Noviembre de 1963. Mi mujer y yo estábamos recién casados. Todo Mónaco era como un cuento de hadas, sobre todo el palacio de los príncipes y sus soldaditos de opereta, famosos en todo el mundo gracias a la reciente boda de Grace Kelly con el Príncipe Rainiero. Habíamos llegado a Cannes en el Constitution, aquel romántico transatlántico de la American Export Lines. El que, con su hermano gemelo, el Independence, enlazaba Nueva York con un rosario maravilloso de puertos mediterráneos. Habíamos embarcado en Algeciras. Donde también reinaba otro hotel inolvidable: el Reina Cristina.

En la excursión para los pasajeros a lo largo de la Costa Azul teníamos previsto almorzar en Mónaco, en el Hôtel de Paris. Era un día diáfano y suave de otoño, la mejor época del año para visitar el sur de Francia. La luz que bañaba la plaza del Casino le daba tonos de acuarela de la Belle Époque. El Café de Paris, el casino y aquel hotel excelso, consagrado por más de un siglo de magia y de hacer bien las cosas: el Hôtel de Paris. Nunca olvidaremos ese almuerzo en aquel restaurante palaciego: la

**Nunca olvidaremos
ese almuerzo en aquel
restaurante palaciego:
la Salle Empire. Aquello
era otra galaxia**

Salle Empire. Sencillamente aquello era otra galaxia. La fachada del hotel parecía un gigantesco decorado, entre parisino y mediterráneo. Cariátides haciendo de ninfas, columnas, balcones absolutamente inspirados por la arquitectura de la Europa del sur, además de guirnaldas y adornos quizás peligrosamente cercanos algunos de ellos a las tartas de boda de un inspirado chef pastelero. Aquel salón donde estábamos almorzando (Después nos enteramos que había sido declarado Monumento Nacional) y aquella sabiduría hotelera parecían transportados desde Versalles. Ni mi mujer ni yo, viajeros muy jóvenes e inexpertos, habíamos visto jamás nada parecido. Pero lo que

más nos impresionó fueron las vibraciones de un lugar que sabía que llevaba un siglo siendo el centro de un universo muy especial.

A mediados del siglo XIX las cosas no iban nada bien para el minúsculo Principado de Mónaco. Aparte de la pesca, pocos recursos le quedaban a ese aislado y

agreste enclave rocoso en la costa del sur de Francia. Se habían perdido territorios que permitían al Principado una actividad agrícola razonable. La casa de los Grimaldi, igual que sus súbditos, se enfrentaban a un futuro sombrío. El Príncipe Carlos III le expuso a su madre, la Princesa Carolina, que simplemente se habían quedado sin opciones. La Princesa tuvo entonces una idea que cambiaría



La fachada del hotel recuerda un gigantesco decorado, entre parisino y mediterráneo.



para siempre el destino de Mónaco y sus habitantes.

Habían llegado a los oídos de la augusta dama noticias sobre una nueva moda que había cautivado a las clases dirigentes de Europa: la pasión por los balnearios y los grandes hoteles, unidos a un casino. Todo orientado a un público mundano y de gustos refinados. La Princesa Carolina le ordenó a su secretario, M. Eynaud, que se desplazara a Bad-Homburg en Alemania para investigar que había detrás del aparente éxito arrollador de un casino recientemente abierto en aquella bonita ciudad germana.

Obviamente M. Eynaud regresó impresionado por lo que había visto. Pero también había llegado a la conclusión que un casino necesitaba el apoyo de un spa, es decir, las instalaciones de un buen balneario. En 1858 la casa reinante de Mónaco concedió una concesión de 30 años a los señores Napoleon Langlois y Albert Aubert para construir y gestionar un balneario dedicado a los baños de mar, los futuros y famosos "Bains de Mer de Monaco". El emplazamiento seleccionado sería el de la Villa Bellevue. Otro empresario, el astuto François Blanc, el responsable del éxito fulgurante de Bad-Homburg solicitó una concesión para abrir un casino. La compañía se llamaría la Société des Bains de Mer et Cercle des Etrangers. El promontorio donde se levantaría el casino y después el hotel se llamaba Les Spelugues. Las Cuevas. Rápidamente el lugar cambió de nombre: Mont Charles, en honor del Príncipe Carlos. De ahí a Monte-Carlo. Un gesto de afecto algo oportunista hacia la vecina Italia.

El casino se inauguró con unos festejos espectaculares el 18 de febrero de 1863. El mismo año en que empezaron las obras de la construcción del contiguo Hôtel de Paris. Proyecto del prestigioso arquitecto Dutrou, crea-



Nunca ha habido otro hotel con una concentración comparable de fastuosidad, riqueza y elegancia.

dor del Grand Hôtel des Capucines en París. Irrevocablemente unidas ambas casas, el hotel abrió sus puertas el 1 de Enero de 1864. La combinación de un hotel excepcional con uno de los casinos más elegantes de Europa deslumbró a la alta sociedad del mundo entero. Por primera vez en la historia del Mediterráneo, se podía decir que los grandes Palaces de Europa tenían un temible rival en lo que había sido hasta entonces un lugar casi salvaje y aislado, al borde de un mar muy hermoso, pero asociado a la pobreza y a la incultura.

Necesitaría varias veces el espacio dedicado a este artículo para mencionar la lista interminable de personajes de primerísima fila, que hicieron del Hôtel de Paris su casa, y la estela de anécdotas e historias que les seguía, para hacer justicia a ese hotel, simplemente prodigioso. Amén de decir que nunca hubo otro hotel en este planeta con una concentración comparable de fastuosidad, riqueza, poder, belleza y elegancia.

El Hôtel de Paris era un imperio encantado donde no se ponía el sol. Hasta los años duros de la Segunda Guerra Mundial. No fueron fáciles los tiempos de la ocupación alemana. El Hôtel de Paris sufrió la humillación de



Vistas de las impresionantes instalaciones del Spa del establecimiento hotelero.

ser requisado para servir a los ocupantes como cuartel y sede de la Gestapo. En 1945, a partir del final de la guerra, el hotel intentó recuperar el tiempo y el terreno perdidos. No fue fácil. Muchos de los antiguos clientes habían desaparecido o estaban arruinados. En una Europa destrozada por la guerra el Hôtel de París parecía un anacronismo fuera de lugar. Afortunadamente otro empresario, Aristóteles Onassis apareció en 1954 en la Place du Casino. Invertió en la Société des Bains de Mer una fortuna colosal. Y sobre todo tuvo el acierto de confiar la dirección del hotel a uno de los más grandes directores y hoteleros de la historia: Jean Broc, el maestro de maestros.

Monsieur Broc fue poco a poco restaurando la delicada obra de arte que en realidad era el Hôtel de París. En la

La lista de personajes de primerísima fila que hicieron del Hôtel de París su casa es interminable

que siempre había jugado un papel fundamental la perfección y la profesionalidad de su equipo humano, que en el pasado habían hecho posibles unos restaurantes y una bodega simplemente milagrosos. A pesar de todo, el mundo había cambiado y el peligro para el hotel era intentar seguir anclado en un mundo que ya no existía.

No fue así. Aquella joven pareja de recién casados que descubrió otra galaxia en 1963 ha regresado a la Place du Casino. Y puede dar fe que allí sigue estando un hotel maravilloso. Porque solamente ese adjetivo puede ser utilizado para describir al único hotel del mundo que hoy en día, entre todos sus restaurantes, suma cuatro estrellas en la guía Michelin. Incluyendo las tres de la joya de la corona monegasca, el Louis XV, tutelado por el gran Alain Ducasse y regentado por un chef excepcional: Franck Cerutti.

Nota del autor: La verdad es que no queda mal esta nota del autor. Es una fórmula muy utilizada por los escritores decimonónicos. Creo que encaja muy bien en este artículo que intenta describir con unas ajustadas pinceladas un hotel único e irrepetible, nacido en pleno siglo XIX en un lugar también único e irrepetible. Artículo que desde luego ha sido posible gracias a mis amigas Enëri, Charlotte y Dewy, mis admirables musas literarias de Captiva Island, varadas en las hermosas playas de aquel rincón de la costa oeste de Florida. Este servidor de ustedes lo tenía muy complicado. Simplemente me había quedado sin tiempo. Trabajo ahora en dos libros, que intento escribir en dos idiomas diferentes. Además del compromiso de producir semanalmente dos artículos para dos periódicos a los que aprecio y un comentario de radio los lunes en Onda Cero. Una carga casi excesiva para alguien que no deja de ser un voluntarioso aficionado. Pero mis amigas de Captiva esperaban este artículo. Y ni ellas ni mis amigos de Andalucía Única podían ser defraudados.



Es el único hotel del mundo que entre todos sus restaurantes suma cuatro estrellas Michelin.

